

EVASION

¡Qué extraños somos! En ocasiones nos cansamos de nosotros mismos, y entonces recurrimos al inaudito y extravagante medio de escaparnos, de evadirnos de nuestro yo, bien volcándonos fuera, en el mundo exterior, bien metiendo dentro problemas, hechos é incluso otras vidas, ficticias o no, que desalojan, provisionalmente, la propia.

Este extraordinario suceso de huir la persona de sí misma, cuando no tiene una duración é intensidad patológicas, parece un mecanismo de autodefensa o de compensación en situaciones de sobreesfuerzo, crisis o angustia. Y desde luego nada tiene que ver con la "alteración" o "ensimismamiento" que estudia Ortega, por cuanto aquélla es ajena a la voluntad y éste supone, precisamente, concentrarse, introducirse en sí mismo, lo contrario de evadirse.

Existe una palabra muy expresiva que muestra, de forma más sencilla, el hecho: distraerse. Nos distraemos apartándonos de ese conglomerado, diverso y contradictorio, de ideas, vivencias y sentimientos que somos, y para ello nuestra atención se enfoca hacia fuera, hacia cosas o aconteceres que nos son ajenos, con voluntario y transitorio olvido de nosotros mismos.

Esta forma de comportamiento, lejos de ser negativa, ha tenido fértiles consecuencias en el transcurso del tiempo, al propiciar la creatividad en mil distintas actividades: el arte, la música, la literatura, el cine, etc., son buenos ejemplos de ello. Si los hombres no hubiéramos tenido necesidad, acosados por los avatares de la vida diaria, de tomar, de vez en cuando, esa especie de vacaciones que significa marcharse de sí mismos, no hubieran nacido todas esas obras maestras que hoy nos enorgullecen.

Pero junto a tal evasión normal, existe también otra anómala, consecuencia del incontenible impulso por escabullirnos de una realidad que nos asusta o que no

apetecemos. Entonces el recurso a los medios cotidianos es insuficiente y precisamos hallar otros que sean capaces de retrasar o impedir el regreso a la propia personalidad.

Con todas las excepciones que se quieran, en este miedo a enfrentarse con los problemas que nos cercan y que se nos aparecen sin soluciones a nuestro alcance, está la causa del enérgico deseo de alejarnos. Pero eludirlos por este absurdo sistema sólo hace que nos veamos obligados a una permanente ausencia, a sumergirnos en una "enajenación" sin retorno posible al "sí mismo".

A lo que nos lleva tal actitud y los instrumentos que habitualmente se utilizan para conseguirlo, están en la mente de todos. Sin entrar en anormalidades de la conducta, que nos pueden empujar, en escala ascendente, desde la simple y banal depresión hasta estados de locura irreversibles, fijemosnos en el recurso a medios artificiales de huida como la utilización de drogas, tan frecuente hoy. Los resultados, lejos de resolver - aquellos problemas o de esquivarlos, producen otros más graves e intensos que incitan, nuevamente, al intento de huir. El individuo, entonces, se ve arrastrado a un abismo infernal é interminable sin otra escapatoria que la propia destrucción. La prensa diaria nos ofrece una larga lista de sucesos y hechos que han adquirido en este sentido, desgraciada cotidianeidad.

La evasión, pues, es buena y positiva como mero descanso o vacación reparadora, y hace que el regreso a casa, al "yo", sea un acontecimiento deseado y reconfortante; pero ha de mantenerse en unos estrictos límites de normalidad.